

Autismo: una expresión más de la diversidad humana

El 18 de diciembre de 2007, la Asamblea General de Naciones Unidas instaura el día Mundial de Concienciación del Autismo. Desde entonces, cada 2 de abril el mundo se detiene, al menos simbólicamente, para visibilizar esta realidad. A casi dos décadas de esto, cabe preguntarse si realmente hemos avanzado desde la simple sensibilización, hacia una comprensión más profunda y, sobre todo, hacia una convivencia verdaderamente inclusiva.

Durante años, el discurso público ha oscilado entre dos extremos igualmente problemáticos: la invisibilización y la idealización. Por una parte, se ha ignorado la experiencia real de quienes viven el autismo, reduciéndola a estereotipos o a un desconocimiento profundo. Por otra, se ha tendido a romantizar el espectro, presentándolo como una suerte de “talento especial”, lo que termina desdibujando las dificultades concretas que muchas personas enfrentan en su vida diaria.

Pero el autismo no es un eslogan ni una etiqueta inspiradora. Es una condición que atraviesa la vida entera de quienes la experimentan, influyendo en la forma de comunicarse, de percibir el entorno y de vincularse con otros. Y, al mismo tiempo, es una expresión más de la diversidad humana.

En este escenario, la educación ocupa un lugar central, no solo porque es un derecho, sino porque es el espacio donde se juega en gran medida la posibilidad real de inclusión. La política de Educación Especial plantea con claridad que el objetivo es garantizar el derecho a la educación, la igualdad de oportunidades, la participación y la no discriminación de todas las personas con necesidades educativas especiales, asegurando su acceso, permanencia y progreso en



CAROLINA CORNEJO
Coordinadora de Especialidad INACAP
Sede Curicó

el sistema educativo. Esto no es menor: implica transformar las comunidades educativas en entornos donde cada estudiante pueda aprender, participar y sentirse respetado en su singularidad.

Uno de los espacios donde esta tensión se hace especialmente evidente es la academia. Durante mucho tiempo, las universidades han operado bajo modelos rígidos, donde la diferencia era vista como una anomalía que debía corregirse o, en el mejor de los casos, tolerarse. Sin embargo, lentamente comienza a instalarse la idea de que la inclusión no es un acto de buena voluntad, sino una condición necesaria para el aprendizaje y el desarrollo colectivo.

El desafío educativo no puede abordarse de manera aislada. Requiere una colaboración activa entre docentes, familias y comunidades, así como el desarrollo de apoyos pertinentes a lo largo de todo el ciclo vital, desde la infancia hasta la educación superior. Solo así es posible avanzar hacia mayores niveles de autonomía y participación social.

Quizás ahí radica el mayor desafío: dejar de mirar el autismo como “lo otro” y comenzar a entenderlo como parte de “lo nuestro”. Porque una sociedad verdaderamente inclusiva no es aquella que integra a quienes son distintos, sino aquella que reconoce que la diferencia es, en esencia, lo que nos define como humanos.